

Crítica de la literatura como compromiso: la cuentística de Manuel Cofiño

René Vázquez Díaz

CREO FIRMEMENTE QUE NI LOS INDIVIDUOS NI LOS PUEBLOS se ennoblecen, y mucho menos se desarrollan, oyendo *solamente* el canto repetido de sus bellezas y sus conquistas. Los cantos de alabanza en los admirables logros de un pueblo (y los métodos usados para alcanzarlos) deforman, a la larga, la personalidad de ese pueblo si los cantares laudatorios no se equilibran con el repaso cuidadoso de los traumas y pesares que esos métodos y logros conllevan. La literatura es uno de los recursos más matizados y penetrantes que posee el hombre para revelar la trama oculta de relaciones humanas y de latencias psicológicas e históricas que condicionan el comportamiento de un pueblo en una época dada. No estoy diciendo que la literatura tenga una capacidad mágica de salvar a nadie y mucho menos a todo un pueblo; ni siquiera estoy seguro de que el consumo de buena literatura pueda generar hombres y mujeres “mejores”. Lo que digo es que del mismo modo que dentro de un individuo cohabitan a menudo una víbora y un niño que sonrío, en un país, por muy justa y pura que sea la lucha que éste se propone, también conviven el veneno y las sonrisas *dentro de cada una de las opciones en pugna* y es bueno que se las someta al escrutinio especial que brindan todas las formas posibles de las representaciones lingüísticas. La verdadera grandeza de una nación tiene una de sus expresiones más altas en el saber cuestionarse a sí misma.

Cuba y su revolución no se libran de esta dinámica. Hoy sabemos que el país perdió miles de hombres y mujeres honestos y valiosos que fueron tachados de *gusanos*, y que había escritores “desafectos” que, a la postre, resultaron mucho más leales a Cuba y la revolución que muchos

“cuadros” desaforados que se pasaron toda una vida preconizando una pureza ideológica a ultranza.

Existe una frase hecha: “las revoluciones las hacen los hombres” (y las mujeres, debería añadirsele). Esa frase se usa para recordar el carácter de construcción humana de la revolución y justificar que haya conflictos y se cometan errores. Ahora bien, ¿deben esos conflictos y esos errores reflejarse en la literatura (y en el periodismo, pero eso sería otra discusión), o deben silenciarse? Porque la literatura también la hacen los hombres y las mujeres y son hombres y mujeres las que la consumen. En un proceso revolucionario, que por su propia naturaleza es algo constantemente innovador, siempre incompleto y por lo mismo dependiente de un avance que por fuerza se realiza gracias a la interacción de sus aciertos y sus disparates, una literatura que ahonde en lo conflictivo, lo vergonzoso y lo contradictorio es *imposible de evitar*. Ya que surge de dos factores que no existen en el capitalismo, al menos en el subdesarrollado: 1) la poderosa movilidad social ascendente producto de las mejoras sociales y 2) la sensación de que la propaganda le transmite al individuo de ser partícipe de una casa *común*. Esperarse que la revolución genere un tipo de individuo, y en especial un escritor, exclusivamente afirmativo y despojado de todo interés crítico por *lo que ve* a su alrededor es una ingenuidad que no excluye cierto desprecio por la capacidad de superación de los seres humanos. La única manera de evitar que esa literatura crítica se produzca es la persuasión en nombre de metas superiores o, en última instancia, la represión. Si a esa literatura inevitable no se le da un cauce a tiempo, *dentro* del proceso y en un clima de libertad y comprensión, se producirá de todos modos *fuera* del proceso ya no como parte orgánica del mismo sino para combatirlo y negarlo y aniquilarlo en un crispado clima de frustración.

Entonces no se trata de negar la validez de la literatura comprometida y de postulados unilaterales, “políticamente correctos” en un período dado, sino de buscar la manera de tolerar y darle un espacio a todas las literaturas. Pues, repito, a la hora de desentrañar tanto las grandezas como las mezquindades o las incongruencias de una cultura, una época, una familia, un individuo, un proceso social o un acontecimiento humano cualquiera, la literatura es un recurso insustituible. Los políticos no bastan. Por muy geniales y alucinados que sean, son incapaces de la necesidad de producción de imágenes válidas para la contemporaneidad y las generaciones venideras. El propio Marx dijo que Charles Dickens le había dado al mundo más verdades políticas y sociales que todos los moralistas y los políticos de su época.

Los escritores tienen un solo poder: son amos y señores del reino del lenguaje y mandan en el territorio de su imaginación. Los políticos mandan en el reino de la realidad. Estos dos poderes actúan en planos diferentes y lo mismo pueden combatirse que complementarse. La historia contemporánea ha demostrado que la *realidad objetiva* de los marxistas estaba compuesta por unos grados tan altos de testarudez, atavismos e impredecibilidad, que a la hora de hacer el recuento del fracaso del proyecto comunista tiene más sentido hablar de la *realidad subjetiva* que de su falsa adversaria, la otrora impecablemente metálica y maleable realidad objetiva. La literatura es un espejo hecho de subjetividad donde la realidad objetiva tiene que mirarse para saber qué cara tiene.

El dilema es que, para gobernar la realidad objetiva y transformarla de un modo determinado, es bueno disponer de una producción de imágenes que apuntale o, al menos, no entorpezca el gobierno de esa realidad. De las claudicaciones, ambigüedades y victorias de esa relación viva y peculiar surge un patrimonio sin el cual no sabría mucho de sí misma. Históricamente, ha habido clases sociales que no han tenido producción de imágenes (ya sean pictóricas o literarias) porque su misión en la tierra ha sido, simplemente, sobrevivir sirviendo a otras clases dominadoras. Teóricamente, la revolución cubana brindó al fin, a las clases tradicionalmente sometidas, la oportunidad histórica de crear sus propias imágenes. El poder revolucionario encarnizadamente asediado por fuerzas externas cuyo objetivo siempre fue la eliminación física del proceso mismo, pero también atenazado por fuerzas internas de naturaleza complejísima (factores *subjetivos*, no siempre negativos y que tendían a mantener viva ciertas visiones alternativas de la línea del Partido Comunista así como tradiciones y modos de entender la existencia ajena al monolitismo del modelo oficial) necesitó desesperadamente que la producción de imágenes literarias *en su totalidad* reflejara los intereses del pueblo en el poder, según los imperativos de su propia imagen. En aras de ganar batallas inmediatas –que al fin no se ganaron– los traumas se destraumatizaron, se impusieron “zonas de silencio” y se entronizó la idea de que la pureza de ideales de la revolución produciría, mecánicamente, un individuo a la altura de esos ideales. Como veremos más adelante, leer a Manuel Cofiño es adentrarnos en la implementación literaria de estos postulados, en los cuales el escritor creía profundamente. Sin embargo, hoy, a mediados de los 90, sabemos que los héroes se cansan, que los hombres nuevos se pueden dedicar al viejo arte de los negocios sucios, que los antiguos inquisidores-funcionarios en nombre de la revolución pueden transfigurarse, de la noche a la mañana, en inquisidores con la misma prepotencia de antes pero ahora en nombre de sí mismos y con la cólera añadida de los conversos. Y sabemos, además, que el comunismo, que se autoproclamaba forma superior de la sociedad, no produjo una forma superior de literatura.

Es desde esta perspectiva que deseo hacer algunas observaciones acerca de los cuentos de Manuel Cofiño, uno de los representantes más exitosos y coherentes de la literatura cuya razón de ser es el compromiso absoluto con la revolución, un compromiso entendido como *tarea de salvar*: una parte de la sociedad representa lo sano y positivo mientras que otra encarna lo enfermo que debe salvarse o erradicarse.

Manuel Cofiño López (1936-1986) tenía 23 años en 1959 y trabajaba en una fábrica de muebles. Su padre, de origen español, había sido dueño de una florería y su abuelo ejerció el oficio de filiteador de una fábrica de puros. Cofiño tuvo que trabajar duro y desde muy joven en un país donde nacer no era ninguna fiesta inenarrable sino una desgracia a secas para una inmensa mayoría. Fue florista, vendedor ambulante y mensajero de una fábrica de cigarros. En tiempos de la revolución fue maestro de escuela, “inspector general de espectáculos” y más tarde jefe de divulgación del Centro de Información y Documentación del Ministerio de Industrias. En 1969, su libro de cuentos *Tiempo de cambio* obtuvo el premio 26 de julio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias; su novela *La última*

mujer y el próximo combate, notablemente bien escrita pese a lo que pueda sugerir lo ampuloso del título, obtuvo el Premio Casa de las Américas en 1971. En la motivación se decía: *La narrativa cubana, con esta novela, va más allá de la lucha clandestina, de lo periférico o puramente poético, y entra en lo que la revolución está ahora: en la construcción. Y más adelante: (Cofiño) no aturde con una multiplicidad en el tiempo, en el espacio y los personajes, a lo Vargas Llosa, ni con palabras inglesas o francesas, alusiones a Nueva York o a cualquier muelle del Sena, a lo Cortázar. Por último, tampoco es decadente.* Son observaciones certeras, aplicables también a los cuentos de Cofiño, quien en sus mejores momentos, sabe crear una intensa atmósfera de nostalgia en la que se evocan cosas irrecobrables, un mundo que se ha marchitado para siempre y que ha sido sustituido por otro cuya esencia es la lucha permanente. Con notable capacidad de evocación y de síntesis, Cofiño se impone una misión político-literaria que podría resumirse con el título de uno de sus cuentos: “Tiempo de cambio”. Se trata de un texto que, por la similitud del tema, hace pensar directamente en un cuento de Onelio Jorge Cardoso, “Mi hermana Visia”. En ambas narraciones se habla de una mujer que se prostituye; Jorge Cardoso nos cuenta la historia de una joven que vuelve a su pueblo provinciano destrozada por la prostitución mientras que Cofiño evoca la imagen de una puta salvada por la revolución, por los tiempos nuevos en que todo se ha trastocado, trezado e imbricado formando una realidad inusitada y *redentora*. En el cuento del maestro Jorge Cardoso subyace un abismo de abyección sin salida posible pero que sólo se sugiere; en el de Cofiño hay una explícita voluntad de mostrar al mundo una dignidad recién obtenida. Pero aquí terminan las similitudes aunque no las influencias; Cofiño, a diferencia de Onelio Jorge Cardoso, abusa de una tendencia al enternecimiento infantiloides que, en este cuento y en muchos otros, lo hace arruinar unas ficciones que sin esas concesiones al sentimentalismo serían pequeñas obras maestras –como a menudo lo son las de Cardoso. Otra influencia que creo ver de este maestro en Cofiño es el tratamiento de la heroicidad, la valentía y *la hombría*. La concepción de *la hombría* en Cofiño (muy importante pues aparece ligada a la honestidad y al patriotismo) podría remitirse toda a un solo cuento de Onelio Jorge Cardoso (uno de sus peores cuentos, además) que se titula “En la caja del cuerpo” y que es el retrato de un hombre sencillo que desconoce visceralmente lo que es el miedo.

Quizá el mejor cuento de Cofiño sea “Andando por ahí, por esas calles”, que muy acertadamente titula el volumen de sus cuentos completos publicados en 1982 por la editorial Letras Cubanas. Este texto concentrado y sin diálogos es una mezcla (muy representativa del arte de Cofiño) de reflexión y de arenga.

Reflexión de lo que era La Habana y ya no será nunca más según el narrador; lo que ve Cofiño por ahí, por esas calles de La Habana, es un sordo clamor de muertos *que no están solos ni muertos ni olvidados* y lo que invoca son *recuerdos colgantes, desgarrones, parches sentimentales, olvido accesorios*. Pero al pensar en la *complicidad sin escrúpulos de la historia* Cofiño deja, tal vez sin saberlo, una ventana abierta a otra reflexión más vasta, ajena a sus disquisiciones ejemplarizantes (... *hay que atrincherar el sueño, pulir el pavón de los fusiles...*): es la reflexión acerca de cambios futuros en unas calles que él no llegó a ver y en las que, al menos en el

período actual, vuelve a verse, en virtud de esas complicidades sin escrúpulos de la historia, *aquellos clubes siempre vistos de lejos, tan lejanos que estando en esta tierra parecían de otra.*

Lo que según mi criterio convierte muchos de los cuentos de Manuel Cofiño en sermones, es su obsesión por enaltecer las facultades del hombre nuevo que la revolución necesitaba y que Cofiño creía que ya se había producido. Los buenos eran para él siempre *entusiastas y combativos en las asambleas* y su entusiasmo se presenta *entretelado con la sinceridad*. El héroe de su cuento *La despedida es ejemplo en el campamento* y no le gusta hablar *de machetes que no corten ni de balas que no den en el blanco*; en su cuento *De un paisaje borrado* (que es la historia de unos técnicos habaneros que construyen una presa en un lugar inaccesible de campo adentro) hay un personaje que dice:

– *Si no fuera comunista detestaría este lugar.*

Cofiño se mueve en un universo de virtudes idealizadas que él desea hacer reales mediante su representación literaria. Para él no hay revolucionarios tramposos, entusiasmo simulados o fervores dudosos. Mucho menos dirigentes corrompidos o corruptores ni militantes descarados que se aprovechan de su posición para obtener prebendas.

En sus peores momentos, Cofiño es melifluo como un bolero al que de pronto se le insertaran compases de marcha militar. La ausencia de humor es absoluta; estamos ante una literatura que se toma patéticamente en serio: Cofiño es como un Hemingway chiquito que describe heroicidades “cotidianas” (trabajos ideológicos o en el campo) pero también en situaciones límite (enfrentamientos armados, pugnas políticas). En este contexto, la maldad de los malos es para Cofiño maciza y absoluta, e invariablemente vinculada con algún tipo de desafección a la revolución. Y para colmo los malos *son feos*. Hay una proporción directa entre la repugnancia de los rasgos somáticos de los personajes y la indiferencia o la hostilidad de éstos ante el paso edificante de los revolucionarios. Y mientras más contrarrevolucionarios son, más desdentados y apestosos los concibe Cofiño. Es como si en este universo narrativo la revolución perteneciera exclusivamente a los bonitos, y todos sus enemigos fueran sucios y espantosos. La ingenuidad de Manuel Cofiño es en este sentido enternecedora: no es capaz de imaginar a un feroz enemigo impecablemente limpio y bien vestido, decente y culto y, además, bien parecido.

Por otra parte, la malversación, la blandenguería y la falta de amor al sacrificio son temas que se exponen una y otra vez bajo un lente didáctico, repetitivo y unívoco. Los malos de las ficciones son siempre los ausentistas, los testigos de Jehová y algún que otro viajero lascivo y sinvergüenza que deviene asesino de un joven que realiza trabajo voluntario en las lomas. Estos engendros irredimibles se presentan uncidos a la abyección o a conductas reprochables sin que el autor haga nada por humanizarlos, dotándolos de aunque sea alguna cualidad positiva. Son, en el sentido más biológico de la palabra, *gusanos*. El más débil de todos sus cuentos es uno que se llama “Magda, el mar, el aire”, y que cuenta la historia de una muchacha que no encuentra aliciente alguno en la vida porque es una burguesa que siempre disfrutó de todo tipo de lujos. Entonces se enamora de un

hombre que se describe vagamente como un dirigente comunista que viaja mucho y que a menudo está exhausto por la cantidad de reuniones que tiene en otras provincias. Como por arte de birlibirloque ese compañero transforma el vacío existencial de la burguesita solitaria y melancólica en un futuro luminoso pleno de sentido vital, y el cuento termina de esta manera rimbombante: *Y un sueño se levantó en sus ojos que resplandecían en transparencia de marea nueva.*

Otro cuento de título emblemático es “Tarea de salvar”, en el que debe salvarse una cosecha de café a punto de malograrse porque un guajiro (presuntamente bruto y taimado) no calculó correctamente la cantidad de grano que soportaban los secaderos. “Tarea de salvar” es lo que propone Cofiño: salvar al hombre de sí mismo para que la sociedad avance. En esta tarea ingente, repito, Cofiño propone un tipo de hombre fervoroso, altruista, impoluto y sacrificado que representa lo mejor de la humanidad en contraposición a otro hombre incapaz de entender la gloria de los tiempos que le tocó vivir. Cuando Cofiño logra deshacerse de ese tipo de monsergas propagandísticas escribe páginas de una belleza innegable y por eso sus mejores cuentos son los de amor. El que más me gusta se titula “Mirna”, una historia de adulterio cálidamente humana y sugerente.

Conocí a Cofiño sólo un año antes de su muerte, y me dio la impresión de que no era uno de aquellos burócratas altaneros, oportunistas y perseguidores de herejes que tanto proliferaron en los 70 y los 80. Más bien me pareció un hombre profundamente honesto, decidido *a ilustrar* más que a *investigar* las actitudes y los destinos humanos del tiempo de cambio, con la certeza absoluta de que la literatura sirve para apuntalar cierta visión del mundo si se dedica a descartar e incluso penalizar otras opciones y enfoques. ¿Cuántos revolucionarios a lo Manuel Cofiño no han desertado de sus antiguas convicciones pese a que, en aquellos momentos en que la historia llenaba las velas de la revolución (y ser revolucionario era grandioso y gratificante), estaban tan arrogantemente convencidos de que tenían la razón, toda la razón, como seguros están hoy de que entonces se equivocaban?

Hoy, en este Encuentro de Madrid, me hubiera gustado conversar largamente con Manuel Cofiño, caminar con él *por ahí, por esas calles*. Quizá ya hoy no estuviese tan seguro de que el escritor debe ser conciencia participante y nunca conciencia crítica de la sociedad en que vive. No creo que fuera tan corto de luces como para que pensara que una sociedad es capaz de renovarse espiritualmente aunque se le coarte el derecho de enjuiciar, por medio de la letra impresa, sus instituciones, su gobierno y su destino. Cofiño se veía como parte de una batalla interminable, como un soldado más en un frente único que llevaba la razón, toda la razón, y por ello creía que la única problematización literaria que era provechosa para el pueblo en el poder era la que se ponía al servicio de los postulados de ese poder. Y creía que eso no era censura; mas si lo era, pues había que aguantarla. Porque la única censura posible, para él, era la censura de los que antes no tenían voz. Ahora sí la tenían, y él era una de ellas.